



ECONOMÍA DE LA FELICIDAD: ¿EL DINERO DA LA FELICIDAD?

“Mientras que objetivamente estamos mejor que nunca, subjetivamente nos encontramos profundamente insatisfechos”.

José Antonio Marina
(1939) Filósofo español

Autor:

Alejandro Narváez Licerias

Profesión:

Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad Autónoma de Madrid

Cargo y lugar de trabajo:

Docente de Finanzas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Pontificia Universidad Católica del Perú.

En general, casi todos hemos vivido persuadidos por la creencia de que más riqueza, más renta y más bienes implican tener mejores niveles de vida, mayor bienestar y, en definitiva, más felicidad. Las personas que gozan de niveles de renta elevados pueden tener acceso a bienes y servicios que no están al alcance de todos. Por el contrario, la vida en condiciones de pobreza extrema puede ser muy difícil de sobrellevar. Dicho de otra manera: la economía asume que el bienestar material es una condición previa al bienestar sinónimo de felicidad, y que los cambios de esta están estrecha y directamente relacionados con los cambios en el poder adquisitivo de los individuos.

Los políticos han asumido esta premisa y como consecuencia la búsqueda de más PIB y menos inflación siguen siendo entre otros, los objetivos fundamentales de la política económica. Sin embargo, estemos de acuerdo, o no, con la hipótesis de que más riqueza material conlleva más felicidad, lo cierto es que numerosos estudios de la denominada economía de la felicidad llevados a cabo desde los años setenta arrojan serias dudas acerca de dicha hipótesis.

El trabajo pionero sobre economía de la felicidad pertenece a Richard Easterlin, que dio origen a la llamada paradoja de Easterlin (1974)¹. La importancia de su trabajo radica en cuestionar la teoría tradicional de la economía que sostiene que cuanto mayor sea el nivel de ingresos de un individuo, mayor será su nivel de felicidad. Sus estudios revelan que en los países donde las necesidades básicas están cubiertas, la felicidad no aumenta conforme se incrementan los ingresos, sino que se estanca o decrece. Descubre que de 1946 a 1970 el ingreso de los estadounidenses se incrementó de manera significativa, pero la felicidad se había estancado y disminuido a partir de 1960.

El aporte de Easterlin, despertó gran interés en el tema y tuvo consecuencias muy importantes; por ejemplo, hizo que la Organización de las Naciones Unidas creara en 1990 el IDH (Índice de Desarrollo Humano) que es un indicador social estadístico compuesto por tres parámetros: la sanidad (esperanza de vida); la educación (tasa de alfabetización de adultos y la tasa bruta combinada de matriculación en educación primaria, secundaria y superior; así como los años de duración de la educación obligatoria); y el nivel de vida digno (medido por el PIB per cápita) que en gran parte se basa en las ideas desarrolladas por el premio Nobel de Economía Amartya Sen².

A pesar de que los estudios sobre la economía de la felicidad son relativamente recientes, están extendiéndose rápidamente, especialmente desde que el psicólogo Daniel Kahneman obtuvo el Premio Nobel de Economía en 2002 por sus aportaciones a la teoría de la prospección, según la cual los individuos toman decisiones evaluando pérdidas y ganancias. La hipótesis de que los individuos maximizan su utilidad con decisiones racionales se ha puesto en duda y se ha ido aceptando que los individuos tienen información limitada, lo que condiciona su racionalidad y les hace tomar decisiones menos acertadas. En este punto la economía se ha acercado a la psicología dando un mayor impulso a los trabajos sobre economía del comportamiento (*Behavioral Economics*)³.

Otro importante estudio fue llevado a cabo por Richard Layard (2005), quien descubrió que «desde la II Guerra Mundial, el aumento de la renta nacional ha generado, sin duda, cierto aumento de la felicidad, incluso en los países ricos. Pero esa felicidad adicional se ha visto contrarrestada por el aumento de la infelicidad derivado de unas relaciones sociales menos armoniosas». Los países ricos explica Layard pueden ser más felices que los pobres, pero una vez atravesado un determinado umbral, la conexión se hace más débil y una mayor cantidad de dinero no puede comprar una mayor cuota de felicidad.

Desde una óptica distinta, el prolífico autor Rafael Di Tella (2010), profesor de Harvard, sostiene que el desempleo es mucho más costoso que la inflación en términos de felicidad y cuestiona severamente a los bancos centrales que creen que la inflación es tremendamente más costosa que el desempleo, en una proporción de 20 a 1.

La mayoría de las investigaciones sobre economía de la felicidad

¹ La paradoja de Easterlin es un concepto clave en la economía de la felicidad. Este trabajo fue publicado en 1974 con el título «Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence».

² Véase *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

coinciden en señalar que el aumento de ingresos (o renta) de los individuos les permite disfrutar de mayores bienes y de bienes más caros, lo que les produce un aumento en su satisfacción y felicidad, pero estos logros son temporales porque, según aumenta su estatus, esos bienes se convierten en necesidades básicas, su posesión no reporta felicidad y su ausencia se toma como una privación. Según los estudios de Eurobarómetro «La renta no aumenta la felicidad de forma indefinida»⁴, por tanto, la relación entre renta y felicidad no es lineal, es decir que la utilidad marginal es decreciente con la renta absoluta.

Por su parte, la Organización Mundial de la Salud, advierte que, en el año 2020, la depresión será la segunda causa de discapacidad en el mundo, solo superada por enfermedades cardiovasculares. En un contexto de bienestar emocional en caída libre, a nadie debería extrañarle el boom global de libros y trabajos académicos con «recetas» para lograr la felicidad, que se nutren de estudios multidisciplinarios que van desde la sociología hasta la filosofía hindú. Desde luego, la economía no quedó al margen de este fenómeno.

Cabe preguntarse si, a partir de estas revelaciones, puede justificarse una mayor intervención del estado en economías de mercado en las que el crecimiento del PIB no parece producir mejoras significativas en la felicidad de los ciudadanos. En este sentido es interesante la opinión del presidente francés Nicolás Sarkozy:⁵

«Durante años las estadísticas han mostrado un crecimiento económico cada vez más fuerte», pero paradójicamente se ve también que «este crecimiento, al poner en peligro el futuro del planeta, destruye más de lo que crea» y refiriéndose al PIB dijo: «Los ciudadanos creen que se les miente, que las cifras son falsas y, peor aún, que están manipuladas».

Por su parte, Joseph Stiglitz y Amartya Sen⁶, sostienen que si bien el PBI «no es erróneo, este se utiliza de forma errónea», en particular cuando aparece como «una medida del bienestar económico» y proponen el desarrollo de nuevos instrumentos para medir la riqueza de las naciones. La idea clave del trabajo es poner mayor énfasis en la medida del bienestar de la población y no tanto en la producción de la economía.

El primer ministro de Bután, Jigme Thinley⁷, afirmó en la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en setiembre de 2010, que en el mundo abundan preocupaciones y escasea felicidad. Por ello, planteó que el nuevo pilar de la cooperación global, el noveno Objetivo de Desarrollo del Milenio, sea la «búsqueda consciente de la felicidad». El profesor Jeffrey Sachs (2011) en línea con la propuesta de Thinley opina que la búsqueda implacable de mayores ingresos está conduciendo a la humanidad a una desigualdad y a una ansiedad sin precedentes, y no a una mayor felicidad y satisfacción en la vida de las personas. Sin duda, deberíamos respaldar el crecimiento económico y el desarrollo, pero solo en un contexto más amplio que promueva la sostenibilidad ambiental, los valores de la solidaridad y la honestidad necesarios para alcanzar la cohesión social en un país.

A modo de conclusión podemos decir que la mayoría de investigaciones sobre economía de la felicidad, ponen en evidencia que la influencia de la renta sobre la felicidad no es lineal ni directa; es decir, el dinero da felicidad hasta cierto punto.

Los aumentos de riqueza en occidente de los últimos cincuenta años no se han visto reflejados en incrementos de bienestar; muy por el contrario, se ha reducido, o como mínimo estancado. Por otra parte, el PIB actual está plagado de imperfecciones, no incorpora en su medición el bienestar de la población, la sostenibilidad de la economía, la depreciación del capital natural o físico que tiene consecuencias para las generaciones futuras.

En este contexto caben dos cosas: a) el estado en vez de limitarse a maximizar el PIB o la renta *per cápita*, debe tener como objetivo principal «posibilitar» que la gente sea más feliz, a través de políticas de mejora continua de los «controladores» de felicidad (la salud, el empleo decente, la vida familiar armoniosa, las relaciones sociales, la educación, la vida política, la seguridad ciudadana, la libertad individual, los valores comunitarios, etcétera) y b) dado que el PIB tiene serios defectos y no refleja el bienestar de la población, las futuras mediciones deben incorporar variables que influyan en el bienestar de las personas y la sostenibilidad de la economía, es decir, el desafío será medir la felicidad nacional bruta (GNH, por sus siglas en inglés).

Referencias bibliográficas

DITELLA, R.

2010 «Economía de la felicidad». Clarín, [Buenos Aires]. 18 de octubre de 2010.

EASTERLIN, R.

1974 «Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence». University of Pennsylvania.

LAYARD, R.

2005 La felicidad: lecciones de una nueva ciencia. Madrid: Taurus.

NAMKEE, A. y Francisco MOCHÓN

2007 «La felicidad de los españoles: factores explicativos». Documento de trabajo. Madrid.

SACHS, J.

2011 «La economía de la felicidad». El País. [Madrid]. 4 de setiembre de 2011.

³ La economía del comportamiento estudia por qué los seres humanos tomamos muchas veces decisiones que aparentemente no son racionales. Se basa en la teoría de la elección racional para intentar comprender mejor cómo aprenden y piensan, en definitiva cómo nos comportamos los seres humanos.

⁴ Véase en Namkee A. y Francisco Mochón 2007, «La felicidad de los españoles: factores explicativos». Documento de trabajo. Madrid.

⁵ Declaraciones del presidente francés Nicolas Sarkozy al presentar el informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social presidida por Joseph Stiglitz, París 14 de setiembre de 2008.

⁶ Véase el Informe de la Comisión Stiglitz sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social, 2008.

⁷ Discurso pronunciado en la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en setiembre de 2010.